

ALGUNAS CONSIDERACIONES
SOBRE LA LITERATURA
HISPANO - AMERICANA

A PROPÓSITO DE UN
LIBRO PERUANO

EN el número de esta revista [*La Lectura*], correspondiente a junio del año pasado, di cuenta del libro de un joven crítico peruano, don Francisco García Calderón Reyes, prologado por el ilustre profesor uruguayo don José Enrique Rodó, libro titulado *De Litteris*, y en el que, como entonces dije, campea escojida lectura y severa reflexión. Y ahora otro libro de otro joven peruano va a darme ocasión para repetir, ampliándolas y remachándolas, no pocas de las reflexiones que he venido dejando caer, acá y allá, en mis notas sobre libros americanos. Porque este libro de que voy a decir, y en que voy a apoyarme, parece un libro hecho de propósito para darme margen a consideraciones sobre la literatura y la cultura en general de los pueblos hispano-americanos, tal vez porque en parte de él es ampliación y corroboración de doctrina que he venido vertiendo en

cuantos escritos me he referido a tales materias.

El libro en cuestión se titula *Carácter de la literatura del Perú independiente*; está impreso en Lima en 1905, y es la tesis para el bachillerato en Letras de su autor, el joven don José de la Riva Agüero. Es una tesis sobre la cual me creo en el deber de llamar la atención de todos los estudiosos de cosas referentes a la cultura hispano-americana; una tesis que debe hacernos esperar que su autor llegue a ocupar, con el tiempo, uno de los más eminentes puestos en la república de nuestras letras—una misma allende y aquende el Océano—; una tesis tan llena de sana y sólida doctrina, de juicio independiente y sereno, que sorprende proceda de un estudiante que termina su carrera. Aunque la tesis se titule *Carácter de la literatura del Perú independiente*, es mucho más que esto, pues, aparte reflexiones de carácter general, desparramadas acá y allá en el curso de su reseña histórico-crítica, contiene en las 50 páginas finales unas «Consideraciones generales» que constituyen por sí solas un tratado sustancioso de aplicación a la literatura y aun a la cultura general de toda la América española y de España misma.

Aunque no sea acaso el procedimiento más metódico, voy a ir tomando el hilo que nos da la te-

sis del señor de la Riva Agüero, para enhebrar en él mis propias consideraciones, reforzadas a las veces por las de algunos escritores americanos.

I

He de hacer constar, ante todo, que, con sólo leer la tesis del señor de la Riva Agüero, puede formarse el lector una idea muy exacta y muy completa respecto a la literatura del Perú independiente. Conozco a no pocos de los autores que él examina y juzga, y no me parece quepan, respecto a ellos, juicios más serenos ni más acertados que aquellos que él nos da. Y nos los da en una exposición singularmente clara, limpia y amena, y en un lenguaje purísimo y castizo.

Ya desde el principio, y al estudiar en las dos razas que han contribuído a formar al peruano, la española y la indígena, a la primera de éstas, muestra el señor de la Riva Agüero su solidez de juicio y la buena elección de sus fuentes. Es muy atinada, en efecto, la observación que hace de que mucho del ideal de nuestra literatura del siglo de oro, y que por específicamente español se tiene, no es, quizá, sino «expresión de las particulares circunstancias en que por entonces se en-

contraba España, que eran muy semejantes a las de toda Europa» durante aquella época, y no precisamente la Edad Media, como el autor dice. Porque la idea que del español se tiene no proviene del español medioeval, sino del español de los siglos xvi y xvii.

Es muy exacto lo que el autor dice de que difícilmente se encontrará pueblo sobre cuyo carácter literario—y carácter en general—abunden más los errores que sobre el del español, y la causa es la que él mismo señala, a saber: que se nos juzga casi siempre a través de los siglos xvi y xvii, y a través de Castilla. Español es para no pocos eruditos y críticos castellano de tiempo de Felipe II o Felipe IV. Apenas quieren darse cuenta del espíritu de otras castas no castellanas de la Península y del espíritu de esa casta misma en cuanto no comprimido, y en buena parte falseado por el proceso histórico que arranca del reinado de los Reyes Católicos. Tal vez el oro de aquella edad de oro no era nativo ni puro, tal vez nos fijamos más en el cuño que en el oro mismo.

Cierto, ciertísimo, es lo que el autor dice: en la literatura española «gran número de obras netamente castizas, y tanto antiguas como modernas, presentan caracteres muy contrarios: *pesadez, estilo perezoso, difuso e incoloro; monotonía*

abrumadora, semejante a la de las pardas llanuras de Castilla; señales todas de sensaciones lentas y nada excesivas». Es indudable: la pesadez y la monotonía son las dos cualidades más clásicamente castizas de nuestra literatura clásica castiza.

II

«La raza española, trasplantada al Perú, degeneró de sus caracteres en el *criollismo*», nos dice el señor de la Riva Agüero, y a este aserto acaso no se me ocurra oponer sino una sola observación, y es la del valor singularmente confuso y vago que tiene el término degeneración, sobre todo desde que Max Nordau acabó de desacreditarlo.

Algo de esa degeneración, sea ello lo que fuere, no fué privativo del Perú ni de la América, y alcanzó a España misma, siendo «resultado de su agotamiento físico y moral por los terribles esfuerzos que se impuso en los siglos XVI y XVII...; pero en gran parte obraron» allí, en el Perú, «circunstancias especiales». Y el autor nos hace una preciosa pintura del carácter del criollo, en quien se reproducen, «afinados y debilitados», los rasgos del español. A ello ha contribuido «la

influencia debilitante del tibio y húmedo clima de la costa, núcleo de la cultura criolla; el prolongado cruzamiento y hasta la simple convivencia con las razas inferiores, india y negra, y el régimen colonial que, apartando de la vida activa del pensamiento, de la guerra y del trabajo, y favoreciendo el servilismo y la molicie, produjo hombres indolentes y blandos.»

Más adelante, en la página 9, dice: «La verbosidad, el amor a la retórica, al lenguaje sonoro y enfático, son comunes a españoles y criollos; pero el ideal no es ya el rígido y austero de cepa castellana.»

Si algún criollo ha cultivado la manía de atribuir las deficiencias de su casta—o las que le parecían tales, aun sin serlo—a la herencia española, fué el que en el campo de la literatura marcó la mayor genialidad, el escritor americano de lengua española que hasta hoy se nos ha mostrado con más robusto y poderoso ingenio y más fecunda originalidad. Claro está que me refiero al argentino Domingo Faustino Sarmiento. Sarmiento habló mal de España siempre que tuvo ocasión de hacerlo, y hasta inventando ocasiones para hacerlo. Y, sin embargo, Sarmiento era profunda y radicalmente español. Sentía, como es común entre los criollos, adoración hacia Francia, y su

genio era lo más profunda y radicalmente contrario al genio francés. Lo antiespañol era en él lo pegadizo y externo.

Siempre que leo los ataques de Sarmiento a España y las cosas españolas, y sus excitaciones a sus paisanos para que se desespañolizaran, se me viene a las mientes aquel tan sabido verso de Bartrina, que dice:

y si habla mal de España, es español.

Porque, en efecto, Sarmiento hablaba mal de España en español, y como los españoles lo hacemos, maldiciendo de nuestra tradición las mismas cosas que de ella maldecimos los españoles y de la misma manera que las maldecimos. Basta leer en sus *Viajes* el relato del que hizo a España en 1846, y se verá cuán hondo y ardiente españolismo trasciende de sus severos juicios respecto a nuestros defectos. Su censura no era la censura que suele ser la de los extranjeros, que ni penetran en nuestro espíritu ni aprecian nuestras virtudes ni nuestros vicios; su censura era la de un hombre de poderosísima inteligencia que sentía en sí mismo lo que en nosotros veía, y que penetraba con amor fraternal en nuestro espíritu. Y como esto espero probarlo cuando dedique un largo estudio, o acaso todo un libro—que bien lo

merece—a Sarmiento, voy a dejarlo ahora aquí. Mas no sin añadir que es frecuentísimo en los escritores americanos, ya el que nos culpen de faltas de que con nosotros participan, ya que tomen por tales las que no lo son, ni en ellos ni en nosotros.

Sucede con esto lo que a españoles y portugueses nos sucede. A lo que en España llamamos portuguesadas, llaman *hespanholadas* en Portugal, y unos y otros, nosotros y ellos, tenemos razón, viendo cada cual en su vecino, mejor que en sí mismo, las cualidades que nos son comunes.

Pocos escritores tienen, al juzgar a sus compatriotas, el valor sereno y la claridad de juicio que tiene el señor de la Riva Agüero al juzgar a los peruanos, y de aquí que yo crea que su patriotismo es de más hondas raíces que el patriotismo de los aduladores de su patria, de que es típico representante el escritor chileno, de quien tanto—acaso demasiado—tengo dicho en esta Revista. Las páginas de valiente, y a la vez templada sinceridad, abundan en la tesis del señor de la Riva Agüero, que está muy lejos de proclamar a tenazón, *urbi et orbe*, el primer novelista o el primer poeta suramericanos a ninguno de sus paisanos, y eso que tiene en casa al insigne Ricardo Palma, que, en su género, es sin par en la América española.

La literatura del Perú es una literatura imitativa, como lo son las literaturas todas hispano-americanas, y acaso tanto más cuanto más pretenden ser originales, y así lo reconoce el autor.

El cual pasa a ir recorriendo los distintos autores de la literatura del Perú independiente.

III

Nos habla el autor de Melgar y sus *yaravies*, y luego de Olmedo, que, aunque nacido en Guayaquil (Ecuador), pertenece como escritor al Perú, y al tratar de Olmedo, poeta quintaneco, toma en cuenta el quintanismo americano, haciendo observar que «si la escuela de Quintana arraigó tanto en España y la América española, fué porque satisfacía el gusto de la raza por la majestad, la pompa y el énfasis».

La poesía de Quintana es, en efecto, poesía de calle y no de hogar; es poesía hecha para ser declamada ante las muchedumbres — siempre que sean muchedumbres algo literatizadas—más que para ser paladeadas a solas y en silencio o a media voz; la poesía de Quintana es, más que poesía, elocuencia rimada. Quintana, como solía decir Campoamor, no cantó ni a Dios ni a la mujer, y

esta deficiencia basta para caracterizarle y para rastrear qué poesía es la que puede haber en sus arengas en verso.

Y Olmedo es una especie de Quintana, sólo que de segunda mano, y orador en verso como él. Orador de recursos de preceptiva, como la aparición aquella de Huaina-Capac a todo un ejército, recurso que con tanto tino juzga y censura el autor. Esas intromisiones de los héroes indios que lucharon contra la conquista española, rara vez pueden resultar, y no conozco sino una poesía en que produzca efecto de singular hermosura una cosa semejante, y es en el *Miramarre* de Carducci aquel Huitzilipochtli, dios de la guerra mejicano, que, husmeando a través del Océano la sangre de Maximiliano, el descendiente de Carlos V, navega el mar con la mirada y aúlla: «¡Ventel!», con todo lo que sigue en la estupenda oda carducciana.

A Carducci también, y a su famosa doctrina de la *rima generatrice*, me recuerda la doctrina de aquel famoso aventurero y literato español don José Joaquín de Mora, que fué rodando a Chile y al Perú, en cuya mentalidad influyó tanto, y el cual, hablando de la rima, decía que la traba de la repetición de los mismos sonidos es el verdadero principio de las bellezas que admiramos en

los grandes poetas modernos, añadiendo «que las palabras inspiran los conceptos», doctrina que recuerda el autor y de la que habría mucho que hablar. Pues dejando aparte que según eso no debió de haber tantas bellezas en los poetas de la antigüedad, libres de la traba de la rima, lo cierto es que la rebusca de las rimas ricas y los consonantes raros, a que son tan propensos ciertos poetas americanos, antes les hace caer en extravagantes desatinos que alzarse a grandes bellezas. Cuando la poesía no surge, como de manantial rebosante, de las entrañas del espíritu, perenchidas de ello, ocioso es buscarlas por excitantes meramente externos.

Llega el autor al período romántico, y nos hace notar cómo la evolución literaria peruana, y, en general, la de la América española toda ha andado siempre con veinte años de retraso respecto de la europea. Durante el apogeo del romanticismo en Europa, de 1830 a 1850, tuvieron allá un período clásico, y fué después del preñado año de 1848 cuando empezó el período romántico peruano. A partir de esta fecha, dice el autor que se nota una nueva tendencia: la imitación directa de la poesía francesa, aunque siguió dominando la imitación española. «Nuestro grupo de románticos — dice —, aunque leyera y estudiara

asiduamente a Lamartine y Hugo, se inspiraba de preferencia en el romanticismo español», añadiendo que por Zorrilla, Arolas, Espronceda, Enrique Gil, el duque de Rivas, que copian y repiten a Chateaubriand, Victor Hugo, Byron, Lamartine, Walter Scott y Tomás Moore, entraron éstos en América. Y agrega estas palabras: «De suerte que los románticos peruanos se hicieron reflejos de reflejos, ecos de ecos, y ha de confesarse que su predilección por los poetas españoles, por lo demás muy natural y explicable, los perjudicó, porque los distrajo de beber en fuentes más frescas y puras.»

He aquí una observación que merece no olvidarse, pues ella es exactísima. El romanticismo francés e inglés entró en América principal y especialmente por las imitaciones españolas; fué allí reflejo de reflejo, eco de eco, y este proceso veremos que se repite, aunque no siempre aparezca claro. Con demasiada frecuencia el afrancesamiento americano es un afrancesamiento de segundo grado, mediato, y puede afirmarse que lo más corriente es que los americanos se afrancesen a la española, del mismo modo y por las mismas razones por las que los españoles se afrancesan, y tomando de Francia lo que aquí de ella se toma, y dejándola lo que le dejamos nosotros.

Se afrancesan a la española, digo. Larra (*Figaro*), a quien el autor no cita, fué uno de los escritores españoles afrancesados más leídos e imitados por aquel tiempo en América. El gran Alberdi, el autor del libro de las *Bases* para la constitución argentina, firmaba sus primeros trabajos literarios—de los que luego se apartó, pues Dios no le llamaba por el camino de la amena literatura—con el pseudónimo de *Figarillo*, y eran ellos una imitación de los artículos de Larra.

Lo que no hubo en el Perú, ni apenas en el resto de América, si se exceptúa algo en Méjico, fué teatro, y no le hubo por razones que el autor apunta con gran acierto. Faltaban materia y público, y «ni una ni otro los hay en pueblos que no tienen más pasado que la soñolienta colonia, y que no alcanzan aún el relativo adelanto social que requiere el género dramático». Les faltaba tradición.

IV

El autor pasa revista a casi todos los escritores peruanos, juzgándolos con gran serenidad. No excluye ni aun a los medianos, a los que, sin ser malos, no alcanzan a ser del todo buenos, y hasta los defiende; pues, «leídos a ratos, y con indul-

gencia, gustan y hasta pueden enseñar». Y agrega: «Si no se atendiera a las medianías, muy escasos serían los nombres de la literatura peruana.»

No estoy seguro si fué Cervantes, pero me parece que fué él quien defendió también la labor de las medianías *bien intencionadas*, añadiendo esta ulterior determinación, que buena falta hace. Pues ocurre raras veces, por desgracia, el que las medianías sean bien intencionadas, y el no serlo es lo que las pierde. Cuando oigo hacer el elogio del burro santo, suelo replicar que los burros no son santos, sino maliciosos y aviesos; y cuando oigo hablar de medianías bien intencionadas, pienso que es la buena intención lo que les falta a las medianías que conozco. Si me he revuelto más de una vez contra los eruditos y vulgarizadores, no es porque crea infructuosa su labor, sino porque mi experiencia me enseña que nuestros eruditos y nuestros vulgarizadores, faltos de la modestia que avaloraría sus trabajos, dan en fingir menosprecio a la labor imaginativa y de originalidad de que ellos son incapaces.

El señor de la Riva Agüero pasa revista a casi todos los escritores peruanos, sin excluir a las medianías; pero es en dos en quienes especialmente se detiene, y ambos lo merecen en verdad: son don Ricardo Palma y don Manuel González Prada.

No voy a descubrir a Palma, que es, casi sin dudar puede afirmarse, el escritor hispano-americano más conocido y más gustado entre nosotros. Sus *Tradiciones peruanas* son conocidísimas.

Palma es el escritor americano que ha logrado encontrar mejor su propia manera, el que hallegado a mayor originalidad, acertando a reflejar en sus escritos la gracia lijera y zumbona del pueblo a que pertenece. No se me ocurre sino remitir al lector a cuanto respecto a Palma, a quien ha estudiado con cariño, dice el autor de la tesis que me sirve de pie para estas consideraciones:

«Es zumbón, satírico, algo escéptico, amablemente irónico. Al hablar de la Iglesia, de los jesuitas, de la nobleza, se sonríe y hace sonreír al lector; pero con sonrisa tan fina que no hiere», nos dice el autor. Será verdad; pero lo que sé decir, por lo que me toca, es que pocas veces me he reído, no sonreído, con tanta vehemencia, yo, que tengo bastante rígida la cara, como me ref una noche leyendo en la cama, a solas y a favor del silencio, cierto pasaje de un libro de Palma, en que nos cuenta una visita a un noviciado de jesuitas. Y fué que, al salir el visitante, como el padre rector, que le acompañaba, le insinuase si tenía algo que preguntarle, manifestó el otro su sorpresa por haber encontrado un novicio singu-

larmente torpe y negado de luces, cuando es proverbial eso de que los jesuitas no admiten sino a los inteligentes, aunque ello sea una patraña. Y el padre rector vino a decirle que, en efecto, todos servimos para algo; y añadió, refiriéndose al novicio cerrado de mollera: «A ese prójimo le destinamos a mártir del Japón.» La verdad es que este tan gracioso como sugestivo chascarro provoca algo más que una sonrisa fina.

Después de Palma habla el autor del ecuatoriano Numa Pompilio Llona; y al hablar de la filosofía de sus versos, nos hace notar que «con frecuencia su filosofía, como la de casi todos los poetas, como la de Hugo, la de Byron, la de Espronceda, la de Sully-Prudhomme y la del propio Leopardi, se convierte en vaga y superficial.» Lo cual es muy cierto, y depende de que una cosa es la poesía filosófica, que con la filosofía poética se confunde; y otra cosa poner filosofía en verso o hacer de la poesía filosofía. Y es muy exacto lo que de esos autores dicen, sin que haya, por mi parte, podido comprender en qué ven la profundidad de Víctor Hugo, de este gigante de la imaginación que hacía juegos malabares con gigantescas metáforas, los que toman por honda filosofía sus declamaciones del más huero providencialismo progresista.

V

Don Manuel González Prada suministra al autor materia para una digresión acerca de la política peruana y del movimiento anticatólico en el Perú. No me sorprende, porque conozco pocos autores, americanos y no americanos, que remuevan más que Prada el espíritu de los que lo leen. Su libro *Páginas libres* (París, 1894) es uno de los pocos, poquísimos libros americanos cuya lectura he repetido, y es uno de los pocos, poquísimos, de que me queda vivo recuerdo.

González Prada, es lo que llaman por aquí un escritor vibrante, es un escritor de lucha, un incansable forjador de metáforas, un hombre que escribe a estocadas retóricas. Es, como dice muy bien el señor de la Riva Agüero, un prosista de combate que «despierta pasiones, suscita odios y rencores... y fascina por sus metáforas atrevidas y plásticas, y por la concisión y rapidez de sus vibrantes frases». González Prada es un ardiente enemigo del catolicismo y hasta del cristianismo; y González Prada es, además, un fervoroso afrancesado.

«Ideas propias originales, en rigor no las tiene» Prada. «Cuando diserta sobre la muerte y la

vida se hace eco de Guyau. Basta leer *Páginas libres* para comprender que casi siempre se inspira en autores franceses.» «Es un propagandista y vulgarizador; pero vulgarizador que posee dos cualidades que, preciosas y valiosísimas en todas partes, son inestimables en el Perú por su rareza: valor moral y estilo.»

Si el ardiente, aunque no muy reflexivo afrancesamiento de Prada, y cierto desdén que muestra por España, a la que no conoce, aunque ha estado aquí, no le hubiese llevado a publicar en París sus *Páginas libres* y a no hacerlas circular por España ni propagarlas en nuestra patria, es seguro que el tal libro habría tenido en España buen éxito, por lo que tiene de justo y de bueno, que es mucho, y más aún por lo que tiene de injusto y de malo, que no es poco. Sus apasionados y duros ataques a Castelar, Valera y Núñez de Arce, ataques tan llenos de verdades parciales y de sentimiento sectario, y su glorificación, más apasionada aún, de Víctor Hugo, le habrían dado aquí muchos lectores. Porque es un libro excitante y con su miajita de escándalo.

El señor de la Riva Agüero hace atinadísimas y muy juiciosas observaciones respecto al abuso de metáforas en que incurre Prada—aunque no seré yo quien le culpe por ello—, y respecto a

los prejuicios y a la parcialidad de criterio con que juzga a Castelar, Valera y Núñez de Arce, no viendo sino lo malo de ellos—y lo ve muy bien—y a la no menor parcialidad con que nos habla de Víctor Hugo, «el poeta único»—¡qué atrocidad!—que «lo abarca todo, lo emprende todo y lo puede todo»—¡qué archiatrocidad!—y que resulta hasta pensador. La cual es un colmo de victorhuguismo. Y esto, cuando hasta en Francia, su patria, se ha reaccionado de la fascinación que en la clase media intelectual, en la burguesía del espíritu, produjo Víctor Hugo; y se comprende que otros poetas franceses contemporáneos suyos, Vigny, Lamartine, Musset mismo, fueron más poetas que él.

Llevado por Prada—y todo el que a Prada lea se siente forzado, ya a contradecirle, ya a aplaudirle, ora a rectificar, ora a ratificar sus conceptos—, llevado por Prada, se desvía el señor de la Riva Agüero del asunto de su tesis para digresionar acerca de lo que podríamos llamar la cuestión religiosa en el Perú.

El autor se pronuncia en contra de la formación de partidos de principios en el Perú y en contra de la agitación anticatólica promovida por Prada. Y al leer sus razonamientos, nos parece leer los razonamientos de nuestros liberales cuando se pro-

nuncian en contra de los debates religiosos, declaran que las guerras de religión son anacrónicas, y piden que se ahogue al catolicismo, que ellos llaman clericalismo, en libertad. Si la tal lucha surgiera, «católicos y librepensadores—dice el autor de la tesis—que hoy nos damos amigablemente la mano, nos encontraríamos separados por un abismo». Y manifiesta sus temores de que la guerra llegase al hogar, «a lo más secreto de la familia y a todos los instantes de la vida». Y es lo que hace falta precisamente.

En este punto me encuentro más de acuerdo con Prada que con el autor de la tesis, aunque luego diré en qué disiento del primero. Esa guerra llevada al hogar es el único medio de evitar, o guerras futuras en la calle, o el futuro enervamiento espiritual. Los pueblos hispano-americanos, lo mismo que España, y en general los que llamamos pueblos latinos, debiendo llamarlos católicos, no salen de la Iglesia sino para ir a caer en eso que se llama librepensamiento, y que es una actitud intelectualista en que yace inerte el fondo de la más alta espiritualidad, el fondo religioso. Educados en el intelectualismo católico, en dogmas, en construcciones conceptuales, en supuestas pruebas lógicas de la existencia de Dios, en una fe racionadora, cuando la cultura

científica y filosófica les aparta de ella no saben hallar la verdadera fuente de la religiosidad, ni saben llegar a la fe viva, a la fe independiente de dogmas. Aun siendo ateos, siguen en el fondo siendo católicos, es decir, intelectualistas y dogmáticos. Y de aquí que el anticatolicismo acabe en los países de tradición católica por ser anticristianismo y antirreligiosidad.

No olvidaré en mi vida lo que me dijo en cierta ocasión un famosísimo y muy discutido escritor suramericano, hablando de cosas de religión: «Yo, amigo Unamuno, soy católico, pero no cristiano; me atrae al catolicismo precisamente lo que a usted de él le repele, lo que le diferencia de las demás confesiones cristianas: su lastre pagano, la pompa del culto y el casuismo, sobre todo el casuismo, esa maravilla jesuítica.» Esto revela todo un estado de espíritu que se alía perfectamente con el afrancesamiento. Como que el espíritu francés es profundamente católico, incluso en Voltaire; lo es hasta cuando con más saña combate a la Iglesia. El jacobinismo es el catolicismo hecho incrédulo.

Y no sé yo que les convenga en la América española llegar a esa paz por que suspira el autor de la tesis. Se ha dicho más de una vez, y es menester repetirlo otras muchas: para llegar a la

paz de Westfalia hay que pasar antes por la dieta de Worms.

Uno de los hombres que es orgullo de Méjico, su actual ministro de Justicia e Instrucción pública, el benemérito don Justo Sierra, en la preciosísima Historia política de Méjico que figura en la obra *México: su evolución social* (México, 1901), nos transcribe unas preñadísimas palabras que le dijo un día, siendo don Justo aún un estudiante, el gran patriarca del patriotismo mejicano, el admirable indio Juárez: «Desearía que el protestantismo se mejicanizara, conquistando a los indios; éstos necesitan una religión que les obligue a leer, y no les obligue a gastar sus ahorros en cirios para los santos.» Benito Juárez, el salvador de la patria, veía muy lejos.

No creo que haya de ser un movimiento anticlerical, a la manera como lo promueve Prada, el que ha de salvar la fuente íntima de la vida social de aquellas sociedades, sino un movimiento cristiano. Juárez deseaba que el protestantismo se mejicanizara, y es que bajo aquella palabra se cree ver algo exótico, algo extranjero, algo anti-patriótico, en la América española, algo yanqui, sin duda. Y no les falta razón. Porque, hasta ahora, casi todo el movimiento cristiano no católico de aquellos países es obra de asalariados de So-

ciudades más o menos bíblicas y de asalariados que muchas veces no conocen bien la lengua ni el espíritu del país en que pretenden evangelizar, y otras veces llevan una estrechez dogmática y un fanatismo mucho peores que aquellos otros que tratan de combatir. Se revuelven, v. gr., contra las que llaman supersticiones romanistas, y pretenden hacer creer lo de la divina inspiración *literal* de las Escrituras y la autenticidad de las profecías del libro de Daniel. Y así no puede lograrse, ni para los indios ni para los criollos, lo que el gran Benito Juárez deseaba para aquéllos. Allí, como aquí, hace falta una Reforma; pero indígena, brotada de dentro, no traducida. Y en el Perú tienen, acaso, en Vigil, aquel tan interesante Vigil, un precursor.

Ni creo acertada, pues, la agitación anticatólica de Prada, por creerla en el fondo, por su carácter de afrancesamiento, profundamente católica, ni menos creo acertada la posición del autor de la tesis. Posición, por lo demás, muy análoga a la que aquí adoptan los liberales, y apoyada por la labor infausta de alguno de nuestros escritores que más ha influido en el señor de la Riva Agüero, escritor que, por amor a la tradición y al casticismo, en parte, por un equivocado españolismo y por cobardía moral, ante todo y sobre

todo, ha contribuído más que nadie en España a esa infecta especie de que es cosa ordinaria y de poco gusto atacar las creencias de nuestros mayores y combatir la mentira. Todo espíritu verdaderamente religioso, todo espíritu que afronte como deben afrontarse los problemas que tocan a la dicha y al destino humanos, tiene que sentirse sublevado al ver que se exalta el misterio de la Eucaristía no más que por razones estéticas, pese a todas las protestas en contrario. Nada hace más estragos en la verdadera y honda espiritualidad, en la religiosidad, que la consideración predominante estética. El esteticismo ha corrompido la fuente religiosa en los países que se llaman latinos.

Y como acerca de esto tengo escrito con extensión en mi última obra, la *Vida de Don Quijote y Sancho*, lo dejo ya para proseguir en el examen y comentario de la tesis del señor de la Riva Agüero.

VI

Y ahora entramos en lo más importante de esta tesis sobre el *Carácter de la Literatura del Perú independiente*, en lo que la avalora más, y son sus *Conclusiones*:

La primera de ellas está así formulada: *La Li-*

teratura peruana forma parte de la castellana.

El autor toma por norma la lengua, y afirma que «la Literatura del Perú, a partir de la conquista, es *Literatura castellana provincial*, ni más ni menos que la de las islas Canarias, o de Aragón o Murcia, por ejemplo, puesto que nada tiene que ver con la Literatura la dependencia o independencia política de la región donde se cultiva».

Cuanto dice el autor respecto a la lengua es de singular acierto. La lengua, he de repetirlo una vez más, es la sangre del espíritu; se piensa con palabras, y todo aquel que piense desde niño en español, pensará a la española, créalo o no, sépalo o no lo sepa, y aunque no corra ni una sola gota de sangre española en sus venas. La lengua es la sangre del espíritu social, y así como la sangre es como el ambiente interior del cuerpo, así la lengua es el ambiente interior del espíritu colectivo, el vehículo de su nutrición ideal.

Y el temor, o la esperanza, de que con el tiempo lleguen a formarse en la América española lenguas distintas, brotadas del español como los romances del latín, es un temor o esperanza contradichos por lo que implica en la evolución lingüística la difusión de la imprenta, que hace del

proceso de una lengua un proceso de movimiento uniformemente retardado. Sería menester para ello, como dice muy bien el autor de la tesis, que pasaran aquellos pueblos por un período de barbarie como aquel por que se pasó a la caída del imperio romano. A pesar de lo cual no faltan americanos — ahora me acuerdo de uno, tan famoso político en su país como desdichado razonador así que se pone a querer discurrir, sea de lingüística, sea de economía —, que se corren hasta fijar el plazo en que ha de cumplirse esa fantástica transformación.

A lo cual hay que añadir que el lenguaje hablado en los distintos pueblos americanos se diferencia del lenguaje hablado en España mucho menos de lo que creen los que allí lo oyen hablar sin oírlo hablar aquí. Examinando en esta misma Revista el poema *Nostalgia*, del argentino señor Soto y Calvo, demostré cómo eran españolas, y españolas de vieja cepa, las más de las palabras que, como peculiaridades del habla popular argentina, nos daba el autor de dicho poema. Hace poco hice notar cómo un autor chileno se creía obligado a añadir un «como decimos en Chile», a la voz *endomingado*, tan usual y corriente en España, y hace poco he leído en un libro mejicano, y libro de un autor cultísimo y muy juicioso,

que, al citar una frase tan española, tan netamente española, tan usada aquí, como es esta de «¡Quién quita que la Constitución sea verdad!»— u otra análoga y con el mismo giro —, se cree obligado a añadir que es una frase del español peculiar de Méjico.

No; de cada cien veces que un americano añade a una frase la coletilla de «como decimos por acá», puede decirse que las noventa y nueve la aplica a frases que se usan tanto aquí como allí.

Y la culpa de este error hay que imputarla a que nuestros escritores rara vez remozan el lenguaje literario en el popular, y así resulta que, de la otra banda del Océano, apenas se conoce el castellano hablado en los campos y lugares. Y si la Real Academia Española, por su parte, roncea tanto antes de admitir americanismos — de lo que se ha quejado, y con razón, Palma —, no roncea menos antes de registrar en su inventario de voces y giros muchos de los que corren de boca en oído y de oído en boca por extensas comarcas españolas.

Es hecho verdaderamente curioso, y de que antes de ahora tengo hecha mención, el de que cuando un escritor americano quiere escribir como habla el pueblo de su tierra, se acerca al castizo hablar castellano. El mismo Sarmiento,

que en el relato de su viaje a España, que en forma de carta a don Victorino Lastarria escribió en noviembre de 1846, decía de los españoles que de puristas se preciaban que, «por huir del galicismo, acabarán por hacer un idioma de convención que sólo ellos lo entiendan, cosa que, a decir verdad, no ha de traer grave daño al mundo intelectual»; este mismo Sarmiento, en la breve carta dirigida a don Matías Callandrelli, que precede a la tercera edición de su *Facundo*, se jacta de que, al hacer la corrección de pruebas de la segunda edición, la de 1868, al hablista habanero Mantilla le llamara la atención «la ocurrencia frecuente de locuciones anticuadas, pero castizas, que atribuía a mucha lectura de autores castellanos antiguos», añadiendo que no era eso, sino que, habiéndose criado «en una provincia apartada y formándose sin estudios ordenados, la lengua de los conquistadores había debido conservarse allí más tiempo sin alteraciones sensibles». Y añade: «La corrección de pruebas de mis *Viajes* la hizo don Juan M. Gutiérrez, de la Academia de la Lengua, y don Andrés Callo, igualmente académico, que gustaba mucho de *Recuerdos de provincia*, como lenguaje y como recuerdos de costumbres americanas, rechazaba por infundadas muchas de las correcciones de Villegas, que

la echaba de hablista, y que encontró en la Habana de que *parler* en achaque de lengua castellana, pues es hoy un hecho conquistado que los mejores hablistas modernos son americanos, hecho reconocido por la Academia misma, acaso porque necesitan más estudio de la lengua los que viven fuera del centro que la vivifica.»

Y en el capítulo de sus *Recuerdos de provincia*, dedicado a su estancia — o, como dicen los americanos, estadía — en Chile, nos cuenta que, al aparecer su primer artículo en *El Mercurio*, de Santiago de Chile, el 11 de febrero de 1841, se hablaba a la tarde de él en los corrillos, y a la noche en el teatro; que don Andrés Bello y Egaña, que lo leyeron juntos, lo hallaron bueno, y que del tal artículo se decía: «Argentino no es el autor, porque hay hasta provincialismos españoles.» Y es que, en efecto, los argentinismos, o sanjuanismos, de Sarmiento, no eran ni más ni menos que provincialismos españoles, como lo vieron bien en Chile en 1841. Y en tanto en el mismo *Mercurio* salía «con el audaz despropósito de que era desatino estudiar la lengua castellana, porque el castellano era un idioma muerto para la civilización, y otras herejías literarias de este jaez, intercaladas con descomedidos insultos a nuestra pobre literatura patria», escribía el chi-

leno don Vicente Pérez Rosales en el capítulo XI de sus interesantísimos y amenísimos *Recuerdos del pasado* (1814-1860). Verdad es que, como escribió muy bien Pérez Rosales, Sarmiento, cuando fué por primera vez a Chile, «tenía más talento que instrucción, y menos prudencia que talento».

Reanudaremos el hilo de la tesis del señor de la Riva Agüero. El cual, después de haber hecho notar que la literatura peruana forma parte de la castellana, agrega que, no sólo es castellana «en el sentido de que el idioma que emplea y la forma de que se reviste son y han sido castellanas, sino *española*, en el sentido de que el espíritu que la anima y los sentimientos que descubre son y han sido, si no siempre, casi siempre, los de la raza y la civilización de España». Y añade que al Perú no han arribado corrientes tan poderosas de emigración europea como las que se han dirigido a la Argentina, al Brasil y a Méjico, y por ello el ambiente peruano «está todavía impregnado de españolismo». Lo cual se conoce bien en sus escritores, incluso en González Prada, tan profunda e íntimamente español de espíritu, a pesar de su afrancesamiento de corteza.

VII

«La literatura del Perú es *incipiente*. Se encuentra en el período de formación; mejor dicho: de iniciación. De ahí proviene que abunden en ella los ensayos y las copias, y que prodigiosamente escaseen las *obras definitivas*, las de valor intrínseco y absoluto, desligado de la consideración del medio y de la época. Este carácter no es tampoco peculiar al Perú: se aplica a la literatura de toda la América latina.»

Después de afirmar esto y hablarnos de las dificultades que para la formación de literaturas originales y propias ofrece el ser aquellos países nuevos, poco poblados y de existencia política inquieta y azarosa, entra el señor de la Riva Agüero a establecer cómo en las literaturas hispano-americanas todas «*predomina la imitación sobre la originalidad*».

Y esta imitación es predominante y casi exclusivamente imitación de la literatura francesa, exclusivismo contra el que cierra, con muy buenas y muy sólidas razones, el autor.

«Se imita a Francia de una manera decidida —nos dice el autor—; pero lo propio sucede en *España*.» Y agrega: «Desde mediados del si-

glo xviii, siguiendo el ejemplo que España daba, obedeciendo a impulsos que de la madre patria venían, aprendimos a imitar a Francia. La imitación francesa principió por ser de segunda mano: veíamos y copiábamos a Francia a través de España. Progresamos poco a poco, aprendimos a prescindir de la antes necesaria mediación de España, nos pusimos a estudiar directamente lo francés, y hubo como dos ondas imitativas paralelas: la francesa y la española. Por fin, la imitación de España se reduce y debilita, y parece a punto de extinguirse y ceder todo el campo a la francesa.»

Ya en 1846, cuando vino acá Sarmiento con el «santo propósito», según él mismo declaró, de levantar a España «el proceso verbal, para fundar una acusación que, como fiscal reconocido ya, tengo de hacerla ante el tribunal de la opinión en América», por donde se ve que el buen Sarmiento pecaba de todo menos de desprevenido y libre de prejuicios, ya entonces decía en Madrid a un literato español: «Como allá no leemos libros españoles (lo cual era falso); como ustedes no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores ni cosa que lo valga; como ustedes aquí y nosotros allá traducimos, nos es absolutamente igual que

ustedes escriban de un modo lo traducido y nosotros de otro.»

Y, sin embargo, nada de esto era entonces ni es hoy cierto. En la América española, y fuera de una minoría de intelectuales, siguen siendo más leídos los autores españoles que los franceses, y éstos lo son traducidos por españoles generalmente. Es una presunción más que otra cosa lo de suponer mayor la influencia directa francesa que la española, como es una presunción, y a lo sumo un deseo, más o menos justificado, lo de que se haya borrado de allá la influencia cultural española, tanto en lo que tiene de malo, que es mucho, como en lo que tiene de bueno, que no es poco.

Después de señalar el carácter imitativo de la literatura hispano-americana, se pregunta el autor: «¿Estará la literatura hispano-americana, y en consecuencia la peruana, reducida a continuar imitando y viviendo de reflejo y de prestado?» Y pasa a tratar de la tan asendereada cuestión del *americanismo en literatura*. Y cita la opinión del ecuatoriano don Juan León Mera, de que la literatura hispano-americana posee sobrados medios para ser original, mientras otros niegan que pueda diferenciarse de las de Europa.

Precisamente estos días he leído dos opiniones

al respecto. Es la una del mejicano señor Sánchez Mármol, quien, en su estudio sobre *Las letras patrias* mejicanas, que figura en el segundo volumen del primer tomo de la magnífica obra susomencionada *México: su evolución social*, al citar la frase del señor Menéndez y Pelayo de que la literatura mejicana «por ninguna parte acaba de aparecer», arguye diciendo: «Si lo que con ello quiso expresar es que los mejicanos carecemos de una literatura que lleve una fisonomía original, que marque por sí misma región determinada del globo, o raza, familia o tipo humanos dotados de propia individualidad, capitulamos con el conspicuo académico; mas si su afirmación significa que aquí, en esta joven República, no se encuentra una producción literaria hija de cerebros mejicanos, que en algunos casos reivindica cierto colorido regional, entonces hay exorbitancia en su juicio.» La otra opinión se encuentra en un libro escrito en inglés por un austriaco, y que ha tenido cierto éxito bastante ruidoso. El libro se titula *El éxito entre las naciones* (*Success among Nations*, New York and London, 1904), y su autor se llama Emilio Reich. El cual, en el capítulo XIII, en que habla del éxito en América, dice: «La literatura es obra de intensas personalidades, y es a la falta de persona-

lidades semejantes y no a la juventud de la Unión a lo que se debe el fracaso de América en no haber logrado llevar a cabo grandes cosas en arte y en letras. Es, además, muy dudoso el que una nación, que carece de lengua nativa propia suya, pueda elevarse a un primer lugar en literatura. Así como Austria no ha sobrepujado a Alemania en las letras, ni Escocia a Inglaterra, así América no ha sobrepujado a Europa.»

El sofisma de esta proposición de Reich—porque me parece claro que hay en ella un sofisma—estriba en eso de «lengua nativa suya propia» (*native language of its own*). El inglés es hoy lengua tan nativa y tan propia de Boston o de Nueva York como pueda serlo de York o de Londres; y el español es tan nativo y tan propio de Lima, de Santiago de Chile, de Córdoba, de Tucumán, de Bogotá o de Méjico, como pueda serlo de Toledo, de Avila, de Salamanca o de Burgos, y más que de San Sebastián o de Valencia. La lengua es, sin duda, el criterio para una literatura; pero no hay razón alguna para que la región de donde la lengua procede pretenda dar el tono ni a la lengua ni a la literatura. Reich, que es austriaco, cree que Austria no ha sobrepujado a Alemania en literatura; pero es porque, englobando a los autores austriacos en lengua alemana

entre los autores alemanes, se olvida lo que hayan aportado a la común literatura alemana. En cuanto a Escocia, no cabe negar que Burns, Carlyle y muchos otros han llevado un tono especial a la literatura inglesa. Y por lo que hace a Norte-América, no sé hasta qué punto se puede negar que haya producido grandes obras literarias a la patria de Poe, Longfellow, Thoreau, Walt Whitman y tantos otros.

Antes de ahora lo he dicho, y aquí creo deber repetirlo. Cuando algún americano pretende que la lengua española está en vías de desaparecer de América, o que sus literaturas están animadas de un espíritu contrario al de la española, se lo contradigo, y no ciertamente por patriotería, vicio de que me siento libre, sino por creerlo un error de espejismo y de perspectiva; pero a la vez me parecen dañosísimos y disparatados los pujos de magisterio literario respecto a América, que aquí en España se dan muchos, el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura. No; desde que el castellano se ha extendido a tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras, tiene que convertirse en la lengua de todas ellas, en la lengua española o hispánica, en cuya continua transformación tengan tanta participación unos

como otros. Un giro nacido en Castilla no tiene más razón para prevalecer que un giro nacido en Cundinamarca, o en Corrientes, o en Chihuahua, o en Vizcaya, o en Valencia. La necia y torpe política metropolitana nos hizo perder las colonias, y una no menos necia ni menos torpe conducta en cuestión de lengua y de literatura podría hacernos perder—si estas cosas se rigieran por procedimientos de escritores y literatos—la hermandad espiritual. Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de madre patria, y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no sólo dándoles.

Y lo que digo de la lengua digo de la literatura. Decir que las literaturas hispano-americanas no se distinguen sustancialmente ni forman, en el fondo, nada diferente y aparte de la literatura española, es decir que la literatura española no se distingue sustancialmente ni forma, en el fondo, nada aparte de las literaturas hispano-americanas. Y si se me dice que la española precede a aquéllas, haré observar que es una proposición de poco sentido y análoga a la de llamar a los americanos hijos nuestros, como si ellos no descendiesen de los conquistadores por lo menos

tanto, y de seguro más que nosotros. Es aplicar a cosas del espíritu un criterio meramente topográfico. Aquello es una continuación de la España del siglo xvi tanto como esto, y en ciertas regiones americanas, en parte de Colombia, verbigracia, aún más fielmente que esto.

Cierto es que nuestros escritores influyen en América; pero ¿acaso no han influido en España, e influyen hoy mismo, escritores americanos? Y si no tanto aquéllos aquí como éstos allí, se debe a que su producción es más escasa, por razones especiales. Y cada día, es de esperar, influirán más. Hoy mismo, ¿cabe negar la influencia, buena o mala, mejor o peor, que de esto no nos toca tratar ahora, de Rubén Darío en la juventud española que al cultivo de la poesía se dedica? ¿Cabe negar la que ha ejercido José Asunción Silva, aun en muchos que han fingido desconocerlo?

VIII

Entra luego el autor de la tesis que vengo comentando a tratar de las diversas clases de americanismo, el *histórico*, el *regional* y el *descriptivo*.

El histórico, cuando busca asuntos en la época

precolombina, fracasa, porque los americanos son poco menos extraños que nosotros a las civilizaciones quechua, azteca o guaraní. De las obras inspiradas en el amor a esos antiguos pueblos indígenas sólo conozco una de veras hermosa, el más sentido y más hermoso poema americano que conozco, y es el magnífico *Tabaré*, del grande, del grandísimo poeta uruguayo Zorrilla de San Martín. Y es porque en ese poema se canta precisamente la extinción del pueblo charrúa, su forzosa desaparición ante la raza española. Cuando Tabaré, el mestizo, muere abrazado a Blanca, la española, oye que ésta le llama.

El indio oyó su nombre
al derrumbarse en el instante eterno;
Blanca desde la tierra lo llamaba,
lo llamaba, por fin, pero de lejos.

Y el mismo Zorrilla de San Martín en la dedicatoria de su poema, a su mujer, le dice que la idea de ésta de hacer sobrevivir al charrúa, era imposible: «Blanca (tu raza, nuestra raza) ha quedado viva sobre el cadáver del charrúa. Pero en cambio, las últimas notas que escucharás en mi poema son los lamentos de la española y la oración del monje; la voz de nuestra raza y el

acento de nuestra fe; la caridad cristiana y la misericordia eterna.»

Esto es, sin duda, más verdad en el Uruguay, patria del ilustre Zorrilla, o en la Argentina, que en Chile, en Bolivia y sobre todo en Méjico; pero, aun en éste, y a pesar de que apenas habrá mejicano que no lleve algo de sangre india en sus venas, la tradición de cultura es española: a nadie se le ocurre allí dar de comer al Sol, y Moctezuma y Guatimozín son Guatimozín y Moctezuma y no Motecuhzoma ni Cuauhtemoc. A nada conduce la puerilidad—antes de ahora lo tengo dicho—de escribir Méjico con equis para pronunciar Méjico como nosotros lo escribimos y lo pronunciamos, apartándose de la ortografía fonética en este caso y no apartándose en otros. Pues si han de escribir Méjico porque en la lengua de donde esta voz procede sonaba como la *ch* francesa, escriban Guadalaxara con equis por la misma razón. O se tira de la cuerda para todos o para ninguno. Y dejémonos de puerilidades, pues puerilidad, y grande, es la de querer dar a un vocablo un aspecto exótico y extraño, como para que no se olvide, sin duda, que el tal vocablo no es de origen genuinamente castellano.

De las tres clases de americanismo que el autor de la tesis examina, el más legítimo es, sin

duda, el descriptivo; pero parece que a no pocos americanos les consume el antojo de no describirnos lo que tienen ante los ojos, sino venir a descubrirnos Europa a los europeos. Es frecuente que se estrenen con algunas impresiones de viajes por Europa, cuando no les ha impresionado todavía su propia tierra, y que nos cuenten embolismos y enredos puramente librescos del bulevar de París, cuando no han sabido ver la vida que allí, en torno de ellos, se desarrolla. Y no faltan los que ven y juzgan a su propio país a través de Europa y, lo que es peor, de libros europeos. Y así sí que es difícil llegar a la originalidad literaria.

«La gran originalidad, la verdadera originalidad dimana siempre de un ideal» — dice el autor de la tesis—, agregando: «Pues bien: los hispano-americanos no tienen ni han tenido ideal propio, y probablemente no lo tendrán en mucho tiempo.» Y añade: «Nos falta a los hispano-americanos, para ser capaces de engendrar un fecundo ideal colectivo, homogeneidad étnica, confianza en nuestras fuerzas, vida intelectual intensa y concentrada, y hasta desarrollo social y económico.» Y les falta otra cosa, la misma que nos falta a los españoles para volver a tener un ideal que nos dé originalidad; les falta sentimiento religioso de

la vida, porque la religión que heredaron de sus padres y los nuestros es ya para ellos, como es para nosotros, una pura mentira convencional.

Y corren un riesgo, un riesgo gravísimo, del que tampoco aquí estamos libres. Este riesgo es el de creer que puede ser ideal que dé vida y carácter a un pueblo el de enriquecerse, hacerse fuerte económica y fisiológicamente, lograr comodidades y esplendideces materiales, o que puede ser un ideal eso que llaman la Ciencia con letra mayúscula, o el Progreso, o cualquier otra entidad igualmente huera y abstracta. El mamotismo es el gran peligro americano; la prosperidad material, sin contrapeso, amenaza desnaturalizarlos y convertirlos en verdaderos salvajes bizantinizados, como dice el autor de la tesis.

No; el enriquecerse no es un fin, sino un medio. Como no es fin, sino medio, la libertad en un individuo, o la independencia en una nación. Si el que lucha por la libertad no tiene una idea, más o menos clara, del uso que de ella ha de hacer luego, jamás será libre; ni será de veras independiente aquel pueblo cuya clase dirigente no tenga una conciencia, más o menos clara, del valor histórico de ese pueblo, del uso que ha de hacer colectivamente, y, para los grandes fines de la cultura, de esa independencia. Dice don Justo

Sierra, en un pasaje de su preciosa *Historia de Méjico*, que un pueblo no tiene derecho al suicidio. Yo creo, por mi parte, que puede llegar ocasión, y más de una vez ha llegado en la historia, en que un pueblo ha tenido la obligación del suicidio, la necesidad histórica de desaparecer como tal pueblo si han de salvarse espiritualmente los individuos que lo componen. Caso que no ha llegado, ni es de esperar llegue nunca, ni para España ni para las naciones hispano-americanas que de ella se desgajaron. Y como luego he de volver sobre algo de esto, pasemos adelante.

IX

Entra luego el autor de la tesis a tratar de lo exclusivo y unilateral de la imitación a lo francés entre los americanos, y aquí me entran ganas de copiar las sustanciosas páginas que a ello dedica el señor de la Riva Agüero. Y si no lo hago es porque, con harta frecuencia, he tratado el punto en las notas acerca de literatura hispano-americana que vengo publicando en *La Lectura*. Aunque acaso fuera mejor copiarlas, pues cuanto yo diga al respecto por mi propia cuenta podrá achacarse a mi reconocido misogalismo o francofobia,

enfermedad, o lo que fuere, en que me declaro incurso y de la cual no siento deseo alguno de curarme, sintiendo más bien que con los años se me hace crónica y más arraigada y profunda.

Merece leerse cuanto dice el autor de la tesis respecto a la imitación de lo francés, y no tampoco de lo francés bueno, sino de lo francés de pacotilla, de las últimas novedades del bulevar *pour épater le bourgeois* y deslumbrar a los incautos *snobs* extranjeros.

En lo que no sé si estará en lo cierto el autor es en suponer que el exclusivismo y la unilateralidad de la imitación a lo francés encuentra su contrapeso en Méjico en la influencia norteamericana; en la Argentina, en la italiana, y en Chile, en la alemana e inglesa. Lo que declaro es que en los libros mejicanos, argentinos y chilenos que llevo leídos, y no son pocos, no he notado en los primeros influencia norteamericana, ni en los segundos italiana, ni en los últimos alemana o inglesa. Cuando en la América española se habla mucho y se trae y lleva a algún autor yanqui, italiano, alemán o inglés, puede asegurarse que anda traducido en francés—aunque luego haya allí quienes lo lean en su propia lengua—y hasta que se ha hablado de él en el *Mercure de France*. A Edgardo Poe se le conoce, sobre todo, por

la traducción de Baudelaire; a D'Annunzio, por traducciones francesas y hasta españolas, a Wells, porque ha entrado en el *Mercure*; a Nietzsche, porque se puso de moda en Francia. De los autores más genuinamente yanquis o ingleses (Thoreau, Browning, Wordsworth), v. gr., por no citar alemanes, de los que no admite fácilmente el espíritu francés, tan cerrado, tan sistemático, tan poco comprensivo, de esos apenas parecen darse cuenta. He conocido americanos que, aun sabiendo muy bien el inglés o el alemán, hablaban de los autores ingleses o alemanes con criterio francés, como quien no ha penetrado en el espíritu de aquellos pueblos. Recuerdo de uno que me repitió respecto a Carlyle, al cual conocía en su propia lengua, todas las ideas del estudio de brillante falsificación y desfiguración que le dedicó aquel portentoso falsificador y sistemático caricaturista que se llamó Hipólito Taine.

El autor de la tesis pretende, al combatir la absorbente imitación de lo francés, no proscribirla, ni siquiera debilitarla o reducirla, sino combinarla con otras, neutralizarla. Y está en lo firme. Lo que hoy allí pasa es, como dice muy bien, «una miserable servidumbre, una triste y vergonzosa abdicación de nuestra raza, de nuestro ser y de nuestro criterio».

Habla luego de Rubén Darío y de su influencia en América. Pero ¿quién no sabe que, por debajo de su afrancesamiento, más aparente que real, Darío ha sido, y va cada vez más siendo, profundamente español? ¿Quién no sabe que ha ido a buscar fuerzas para remozar sus formas líricas, en antiguos cantores españoles del *mester de clerecía*?

Todo lo que dice el señor de la Riva Agüero de lo educativa que es la literatura francesa está muy puesto en razón. Sí; las letras francesas son unos excelentes andadores; pero hay que saber soltarlos a tiempo. Y, sobre todo, Francia no se reduce a unos cuantos badulaques bulevarderos de París.

«Hombres como Guizot y Taine constituyen en la literatura de Francia excepciones, productos aislados, solitarios, en abierta lucha, en contradicción perpetua con las aficiones y costumbres de sus compatriotas.» Esto dice el autor de la tesis, y aunque ello sea más que discutible, hay que fijarse en cuáles fueron los sentimientos religiosos que animaron a Guizot toda su vida y en qué especie de sentimientos religiosos murió Taine.

Tiene razón el señor de la Riva Agüero: «Conviene que los que en el Perú se dediquen a cien-

cias filosóficas y sociales, y a la literatura, aprendan, a más del francés, varios idiomas vivos», y, además, que no abusen de la *Bibliothèque de philosophie contemporaine*, de Alcan, pues es ésta como el arsénico, que en la debida dosis fortifica, y pasando de ella, mata. Y tiene razón al decir que les conviene la imitación, más aún que de Alemania, de Inglaterra.

X

Conservar el legado de la tradición española. Tal es otra de las conclusiones a que llega el autor de la tesis. Y se pregunta: «¿Cuáles deben ser los vínculos que ligen a España con la América que fué suya?»

Y aquí, claro está, se presenta la cuestión de cuál sea la tradición española, la verdadera tradición y de veras española, y si mucho de lo que por tradición española pasa no es algo que se nos pegó o impuso en el siglo xvi y ha desfigurado y torcido nuestro verdadero carácter.

«Aun en este terreno puramente intelectual, el acercamiento a España no debe significar en manera alguna—dice el autor de la tesis—la conservación del ideal católico.» Enteramente de acuer-

do. Y añade: «La España contemporánea no tiene ideal político y religioso: lo busca afanosamente; de ahí sus dudas, sus vacilaciones y contradicciones, y sus miserias.»

Y más adelante se pregunta: «¿Existe una filosofía española?» Y al contestar a esta pregunta sigue los pasos del señor Menéndez y Pelayo, que es quien ha acabado de convencernos de que, en efecto, no ha existido semejante filosofía española, aunque haya habido españoles eruditos, comentadores y expositores de filosofía y alguno que otro casi filósofo. No hace mucho que en la *Historia de Méjico*, de don Justo Sierra—historia que he citado ya, y merece ser citada a menudo—, y al tratar de la educación que dieron los españoles a los indios, raza inhábil para la filosofía, lefa que la raza misma española es también inhábil para ella, y añadía el señor Sierra: «De las Universidades españolas salieron maravillosos dialecticistas; ¿salió un solo filósofo, un hombre capaz de encerrar en un solo pensamiento lo existente, de explicarlo por otro pensamiento y de mostrar entre ambos inflexible lazo dialéctico de unión?» Planteada así la cuestión hay que resolverla resueltamente que no.

Pero es que acaso la filosofía puede ser y es algo distinto de un enlazar dialécticamente pen-

samientos que expliquen todo lo existente; acaso la filosofía es algo que está más cerca de la poética que de la lógica; acaso la filosofía no se ciñe a la explicación meramente lógica del universo. Tal vez en nuestros místicos hay una visión unitaria de la vida del universo, y una visión que, como no arrancaba de la ciencia de entonces, ni siquiera de la teología, no está ligada a una forma de ciencia como lo están los sistemas filosóficos, al modo de la de Hegel o la de Spencer, que son concinación y síntesis de los últimos resultados de las ciencias. A medida que las ciencias se desarrollan y transforman, deshácense las síntesis filosóficas que sobre ellas se elevaron, y siguen en pie las visiones filosóficas, más o menos platónicas, que tomaron arranque de otro suelo que el de las ciencias.

Y como de esto he tratado en mi diálogo *Sobre la filosofía española*, publicado en el tomo V de ENSAYOS, no he de volver a ello. Y también de ello digo algo en mi último libro, *Vida de Don Quijote y Sancho*, que más que otra cosa quiere ser un ensayo de filosofía española, aunque el registro general de la propiedad literaria me le haya registrado como obra *científica*, disparate mayúsculo que no sé de qué mollera haya salido. ¡Científica! Dios me li-

bre de ello. A la ciencia con letra minúscula le tengo mucho respeto y mucho miedo, y la Ciencia con letra mayúscula me parece el timo más grande que se haya podido inventar.

Cuanto dice el señor de la Riva Agüero respecto a lo que los americanos deben conservar de la tradición española, merece leerse.

Y pasa luego a establecer la necesidad de que estudien allí los autores clásicos de las literaturas extranjeras y los clásicos latinos. Y es muy de notar lo que nos dice de cómo se hizo bien en suprimir en el Perú el estudio del latín, ya que se enseñaba mal y no podía enseñarse mejor. Es la cuestión de siempre respecto a las lenguas clásicas. Vale más que unos pocos las sepan bien, o siquiera las sepan, a no que muchos hayan aprendido a declinar y conjugar en latín y no sepan latín.

XI

El problema de las lenguas clásicas le lleva al autor de la tesis a lo del aristocratismo intelectual, y esto a discutir la doctrina del famoso *Ariel*, de don José Enrique Rodó, de ese librito tan sustancioso, aunque tan corto, y que tanta influencia está ejerciendo en América.

Al señor de la Riva Agüero le parecen los consejos y exhortaciones del *Ariel* buenos para predicados en Europa o en la América sajona, pero peregrina ocurrencia dirigirlos a los latino-americanos. «¡Proponer la Grecia antigua—exclama—como modelo para una raza contaminada por el híbrido mestizaje con indios y negros; hablarle de recreo y juego libre de la fantasía a una raza que se muere de pereza! ¡Linda ocasión para atender a «la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia», a todo lo que es adorno, distracción, halago, cuando todavía no sabemos si escapará nuestra gente con autonomía y libertad de la estruendosa catarata que ya se precipita por el Norte!» Y luego predica a sus paisanos lo que aquí ha constituido para la mayoría de los predicadores de después de la derrota el credo de la llamada regeneración: que se *americanicen*; que atiendan a la industria, al comercio, a la ciencia, etc., aunque el señor de la Riva Agüero lo hace con muy otro espíritu que el de los llamados hombres prácticos, y con una elevación de que éstos carecen. Es hora—dice—de que los peruanos pensemos seriamente en recurrir a la inmigración europea y a la educación *práctica* (si se quiere, la llamaremos sin embozo *utilitaria*), que están produciendo en Méjico

y en la Argentina muy aceptables resultados.»

Y, sin embargo, cabe conciliar las predicaciones de *Ariel* con las de la tesis peruana.

Si en la América española y en España falta eso que llaman espíritu práctico, es porque en ellas falta espíritu poético, que es el más práctico de todos; si no prosperamos más en la riqueza pública, en la agricultura, en la industria y en el comercio, es porque andamos escasos de imaginación, y a la escasez de ésta hay que atribuir el atraso en que aquí está el cultivo de las ciencias. Nos superan otros pueblos en el mundo de los llamados negocios porque tienen más libre el juego de la fantasía y lo aplican a los negocios mismos.

Sí; son facultades poéticas, estrictamente poéticas, imaginativas, lo que da su triunfo en la vida a esos pueblos que llamamos prosaicos, y no es más que prosaísmo, puro prosaísmo, lo más de nuestra literatura, casi toda ella. Prosperan porque hacen del negocio un juego, porque son ambiciosos de riqueza y no avaros como nosotros. Es frecuente que en esos otros países vayan al negocio, al *business*, por el negocio mismo, por buscar en él emociones, por instinto estético. En vez de irse a la Plaza de Toros se van a la Bolsa o se meten en una empresa. Buscan en la caza,

no, como nosotros, la pieza, sino el placer de la caza misma, y aplican a la especulación industrial o financiera lo que Lessing dijo de la especulación filosófica. Con frecuencia no es para ellos el dinero más que un medio para hacer negocios, así como para nosotros casi siempre es el negocio un medio de hacer dinero. El millonario yanqui sigue metido en negocios y en empresas, y a la vez funda universidades, bibliotecas, museos, y aspira a dejar su nombre en obras de cultura.

Llegó hace algunos años a la República Argentina un hombre singular, extraordinario, un español: Reus y Vahamonde. Lo que este hombre hizo en el mundo de los negocios y de las empresas bancarias y ferroviarias lo saben allí muy bien. Y este hombre aquí, en España, se preparó a esa labor ingente estudiando Filosofía, discutiendo los temas más sublimes y, al parecer menos prácticos, escribiendo de cosmogonía, traduciendo a Spinoza el filósofo. Y, en cambio, ahí están los grandes rapaces de la historia americana: Guzmán Blanco, Daza, Prado, etc.; ¿qué hicieron con el fruto de sus rapiñas? Ir a gastarlo a París o a cualquier otra parte. No eran grandes ambiciosos, no eran hombres sedientos de gloria; eran codiciosos, sedientos de goces. Hay quien busca el dinero para proporcionarse con él nue-

vas emociones, y, sobre todo, la suprema: la de arriesgarlo en una grande obra; los hay que sólo lo buscan para asegurarse una existencia tranquila, para evitarse emociones. Y, a lo sumo, para jugarlo estúpidamente. El juego, el juego sobre el tapete verde, es la mayor plaga de España y sospecho que de América. Y el juego es un fruto de nuestra pobreza imaginativa. Se dedica al tresillo el incapaz de imaginar combinaciones industriales. Es muy exacto lo de Schopenhauer: los tontos, como no tenían ideas que cambiar, inventaron unos cartoncitos. El tresillo es el síntoma de la pereza mental, de la penuria imaginativa, de la estupidez española. Conozco grandes jugadores de tresillo que son los mayores majaderos con que he tropezado en mi vida, y los hombres más incurablemente rutinarios.

Es falta de idealidad, es materialismo lo que tiene postrados a los pueblos hispano-americanos, incluso el español. Aquí es materialista todo, incluso lo que llamamos nuestro espiritualismo; aquí es materialista la religión misma. Pedimos en todo eso que llamamos afirmaciones concretas, fórmulas, pruebas, señales—señales como los juicios, este pueblo profundamente materialista—, señales; no nos basta que nos demuestren lógicamente la existencia de Dios—aunque no quede

demostrada—: necesitamos tragárnoslo. Eso que se llama idealismo latino no suele ser sino materialismo, necesidad de hacer de bulto incluso las cosas más ideales. Y luego nos burlamos de las nebulosidades porque necesitamos tierra, tierra material, tierra grosera, tierra que se coja con las dos manos.

Y es puro materialismo lo más de nuestra literatura, cosas que entran por los sentidos, letra, pura letra. Lo demás es para nosotros *música*, música celestial, nieblas hiperbóreas, embolismos setentrionales, suspirillos germánicos. Y esta literatura nos está envenenando.

«El carácter de los criollos, frívolo, vanidoso, enamorado de las exterioridades, de lo superficial, es un carácter muy *literario*», dice el autor de la tesis. Muy literario, sí; lo cual no es lo mismo que decir poético, sino acaso todo lo contrario. Hay entre esa literatura y la poesía una irreductible oposición.

Ha sido un gran poeta, un soberano y egregio poeta italiano, Carducci, quien escribió estas líneas: «Creo firmemente dañosa para el vigor moral de un pueblo la demasiada literatura; creo que la demasiada literatura perdió a Grecia y enerva ahora a Francia; creo que Italia, necesitando cobrar fuerzas, necesita de muy otra cosa

que de excitantes y deprimentes neuróticos, y la literatura actual no puede dar otra cosa. La imposibilidad de surgir en Italia una novela que pueda leerse era para mí una prueba y un consuelo de que a este pueblo le queda aún una fibra del coraje antiguo, era una esperanza para el porvenir.» (*Sfogo*, en *El Resto del Carlino* de 29 de enero de 1887.)

La poesía es una cosa y la literatura otra. Con literatura no se hace ferrocarriles, ni puertos, ni fábricas, ni agricultura, y sin poesía es casi imposible hacerlos. Y lo que come la energía allá y acá, no es la imaginación poética, no es el libre juego de la fantasía, no es la poesía, no es el idealismo, no es el saber soñar: es la literatura, o, mejor dicho, el literatismo; es la constante repetición de los mismos lugares comunes; es el tresillo espiritual; es la ramplonería. Y hasta los negocios se hacen literaria y no poéticamente.

El origen de mucho del mal es el espíritu que nos lleva al literatismo, con su cortejo del *buen gusto*, ese repugnante *buen gusto*, esa invención de espíritus cobardes; es el cultivo de las letras como una profesión de especialistas; es, en una palabra, el esteticismo, el horrible esteticismo, enemigo de todo lo ideal y levantado, incluso de la estética misma. Y ese indecente esteti-

cismo es el aliado natural del más pernicioso conservadorismo, y a título de buen gusto, de parsimonia, de humanismo, de respeto a la tradición, se nos trata de imponer la cobardía moral. Y hay quien sin creer, allá en lo hondo de su conciencia, ni en Dios ni el diablo, hace como que protesta cuando se encuentra con alguna alusión irreverente.

Y del otro lado, del lado de los *prácticos*, de los que dicen aborrecer tanta literatura y se jactan de no leer poesía, del lado de estos otros, ¡qué barbarie!, ¡qué estrechez de miras!, ¡qué incapacidad más radical para la vida práctica! Y así estamos, de un lado la barbarie tradicionalista y humanista, de otro la barbarie progresista y científicista (no científica, pues los que más hablan de ciencia suelen ser los que menos la sienten) y por debajo una sola barbarie, que tiene su nombre. Y no lo estampo aquí, porque ese nombre tiene un sentido vulgar y corriente, algo distinto del sentido íntimo, y no quiero herir sentimientos que me parecen respetables siempre.

A final de su tesis saca el joven peruano a escena a Don Quijote, y nos dice que Dulcinea del Toboso no era en realidad otra que la zafia labradora Aldonza Lorenzo. No, era la Gloria, era el Ideal. Y ¡dichosos de los que aciertan a con-

vertir en ideales a las zafias labradoras! El culto a Don Quijote puede ser y es fuente de poesía, es poesía el culto mismo; el culto al *Quijote*, al libro, no es más que literatura. Y en esto estriba todo: en fomentar el culto a las almas, no a las letras.

Y termino estos ya largos comentarios a la tesis del señor don José de la Riva Agüero, mas no sin darle las gracias por haberme proporcionado con su tan sustancioso folleto materia para cuanto llevo aquí escrito.

Noviembre, 1905.